

LOS AGUATEROS

1802 - 1866

POR ISIDORO DE MARIA

EL año 2 se experimentó una gran seca, por lo cual dispuso el Cabildo un novenario de misas, para implorar del Señor la benéfica lluvia. — Las fuentes de aguada pública eran contadas, y grandes penurias sufrió la población por falta de agua potable. **Eso hizo abrir los ojos para aumentar los manantiales, que desde entonces empezaron a prestar mejor servicio fomentando los aguadores.**

Los antiguos pozos manantiales de la Aguada, situados en el arenal que había al Norte de la quinta de las Albahacas, y que se extendía hasta inmediaciones de la panadería de Bañe y lo de Sobera, eran el surtidero de agua potable del vecindario de la ciudad, conducida en grandes pipones por las carretas de los aguateros, como se les llamaba.

Hacían el trayecto generalmente por la playa (hoy calle Cerro Largo) hasta el Cubo, por donde doblaban para venir a entrar por el portón de San Pedro; es decir, por donde ocupan hoy las manzanas entre Ciudadela y Juncal en esa parte del Norte (calle hoy 25 de Mayo).

Cada aguatero tenía sus calles y sus marchantes de agua, y buen cuidado tenían los vecinos que la necesitaban de estar con el oído atento al cenorro que cada aguador colgaba al cuello de los bueyes de tiro del vehículo. Al sonar, salían a la puerta tía Francisca, tía María o tía Juana, criadas de la casa, o cualquier otro viviente con la **caneca** en la cabeza, a echar el agua en el barril o la tinaja, a tres y cuatro canecas por medio real.

El lechero se anuncia gritando: **a la buena leche gorda**, marchante, y el pescador al de: **corvinas, borriquetas**; pero el aguatero no está por esas. Le basta el cenorro, aunque algunas veces se tomaba por el del carro de basura, que también lo llevaba.

El aguatero, a paso de buey, recorriendo calles, despachaba su pipa de agua, y volvía a llenarla a los pozos para una segunda jornada. A la puesta del sol ya me los tenía usted con la yunta desuñida, y su carreta con el pipón descansando de la fatiga del día al frente de su casita, por las inmediaciones de la quinta de las Albahacas al Sur y Norte, que era el paraje donde vivían, aparte de aquel que tenía su vivienda en la altura del Oeste, rodeada de un corral de piedra y en el centro un ombú secular que envidiaba Pepe Malezas.

En santa paz contaban sus reales agenciados con la venta del agua, en buena plata en tiempo de los españoles, y en cobre en el de los portugueses. Y luego a cenar su hervido y ganar el nido en gracia de Dios.

Lo mismito que hacían los de la **Cachimba del Rey** en Maldonado, desempeñando por allá el propio oficio de aguadores para el consumo de la población.

Como los aljibes eran contados, se consumía agua de la conducida por los aguateros, llegándose a calcular su costo por el Cabildo en 30 mil pesos anuales, de lo que surgió la idea apuntada por el Gobernador Bustamante y Guerra, de traerse por cañería de la laguna del Buceo.

En un año de seca los aguateros carga-

ban la romana al precio del agua, expendiéndola al doble, es decir, a **tres canecas por un real**. Más que de prisa tomó el Cabildo cartas en el asunto, acordando lo que reza el Libro de Acuerdos:

"En mérito a la escasez de agua y de venderse por los aguadores a tres canecas por un real, cuando siempre se había suministrado a tres y cuatro por medio, acordó el Cabildo se haga entender al público, en el modo conveniente, que toda y cualquiera persona que quiera abastecer de agua conduciéndola a la ciudad desde las fuentes, ya sea en carretillas de bueyes, mulas o cabalgaduras, lo pueda verificar sin el menor perjuicio público, debiendo dar por medio real lo que ha sido de costumbre, estando las dichas fuentes bien proveídas y abundantes, debiendo ser del cargo de los que provean en adelante tenerlas de continuo aseadas para evitar la corrupción y grosura del agua, en cuyo celo no descuidará este Ayuntamiento, haciéndoles reconocer por medio de comisionados en los tiempos o meses que halle por conveniente, y como que contribuye a la mejora del agua, el que no se amonore la arena en el terreno de las fuentes, tendrán los referidos abastecedores muy particular cuidado en que persona alguna haga acarreo de ella, ni extraiga la menor porción, haciéndoseles entender a los que lo intenten, estar prohibida la saca por este Ayuntamiento, so pena de multa.

No menos celo y cuidado deben poner los enunciados aguateros o llenadores que haya, como que son los más asistentes en las fuentes, el evitar que cualquiera persona, sea de la condición que fuere, haga lavaderos en las inmediaciones de ellas, ni use de sus aguas para semejantes usos, como perjudicialísimos que son a su bondad; pero de ningún modo impedirán a persona alguna el que llenen barriles, botijuelas u otras vasijas para provecho de su casa, ni a pretexto de haber construido la fuente el individuo que por suya se opona; porque siendo como son comunes las aguadas, deben ser disfrutadas generalmente. Lo que se hará entender por el Alcaucl Mayor a los llenadores para su cumplimiento."

El Cabildo se explicaba, y sobre todo, se mostraba solícito del bien del vecindario, como cuadra a toda autoridad municipal.

Aquello de los aguateros oía a explotación, y el Ayuntamiento no estaba por ella. Con su acuerdo, la gente necesitada empezó a acudir a las fuentes a proveerse de agua, y allá iban unos con sus barrilitos y otros con sus botijas en busca de ella, como lo hacían libremente los vecinos del Paso del Molino a la fuente de la Teja, y los de la Aldea a los Pocitos.

En eso apareció un proponente para surtir de agua a la ciudad a bajo precio. — ¿Quién es él? — Que salga a la escena.

"Yo, no Juan de los Palotes, sino Juan de Arze y Francisco Bueno, proponemos surtir de agua a la ciudad por seis años".

—Admitida la propuesta, dijo el Cabildo: "pero en la inteligencia de que aún cuando se experimente una extraordinaria seca, han de dar cinco canecas, debiendo conducir el agua del Buceo u otros parajes donde jamás se agote, trayéndola en cab-



ESCOBERO y FRUTERO. — Dibujos de D'Orbigny.

llerías y no en carros, cuyas llantas aseguradas por clavos de gruesa cabeza deterioran las calles, además de las desgracias ocasionadas a algunos niños estropeados en el tránsito por las carretas."

Con estas noticias y la actitud de mucha parte del vecindario que iba por sí o mandaba a surtir de agua potable a los pozos de la Aguada, fué santo remedio. Los aguateros alijaron y volvieron a expender muy conformes el líquido principal para la vida a **tres canecas** por medio con contento del vecindario, que se ahorra el trabajo de mandar a los tíos y a las tías y a los muchachos con el barrilito o las botijas a buscarla a la Aguada, en fuerza de la carestía del precio.

Toda marchó bien mientras existió el recurso del aguatero y de los pozos de la Aguada, para los moradores de San Felipe y Santiago. Pero cuando se atravesó el sitio de la plaza, ¡adiós mi plata! Ni aguateros ni fuentes donde ir a tomarla fuera de muros. El **cuco** andaba por allí, y vaya uno a buscar agua potable, ni cuente con el aguatero, que perdió los bueyes de la carreta, y que además no está para exponer el bullo en esas andanzas entre sitios y sitiadores.

—A eso están expuestas las plazas que libran el surtimiento del agua a la que venga de afuera, decían los viejos, y sacaban a colación con verdad o mentira a Pamplona, donde una vez el enemigo cortó la cañería del agua corriente y se quedaron los de adentro sin tenerla que beber. La previsión nunca está demás, y si no se le hubiese metido en la cabeza a Bustamante y Guerra que no convenían los aljibes en la ciudad porque aminoraban la superficie del terreno, no nos veríamos hoy en figurillas para el agua, porque cada casa de azotea tendría el suyo para las necesidades y auxiliar al vecino que necesitase.

No dejemos en el tintero que después se hizo obligatorio el aljibe, a que fué tan opuesto Bustamante y Guerra.

El caso fué, que tras el hambre, sufrieron sed los estrechados dentro de los muros de San Felipe y Santiago, careciendo de agua potable con que apagar la sed.

—Un porroncito por Dios, al vecino, que nos morimos de sed; pero de dónde hermano, si yo tampoco tengo una gota.

Pues, señor, a pedirlo al aljibe del Convento de San Francisco o al del Cabildo; pero era y muchos niños para un trompo. Esto suc... el año 13, cuando el asedio por los... otas, con sus repeticiones con poca diferencia, hasta ahora veinte y tantos años, como más adelante lo veremos.

Vigodet mandó abrir algunos manantiales en la costa del Cerro, y dispuso la salida de algunos bercos a traer agua de la boca del Santa Lucía. Vinieron los barquichuelos con ella, recibiendo orden de no vender el líquido elemento a más de doce reales la pipa.

Afortunadamente entonces no se conocía por aquí ni de oídas, lo del **microbio**, y todo el mundo bebía a placer el agua del Santa Lucía, haciéndole buen provecho. Si algo podían sentir, era que fuese poca para las necesidades. Nadie le hacía asco, sin duda por que ni el padre Arrieta, ni don José Lafes entendían de **Materias orgánicas**. Valía más así, porque sino, pobre de los pobres, que no tenían, no diremos filtros, pe-

ro ni leña para cocerla, y espichan de sed. Por fin, aquellas y otras angustias y misérias pasaron. Se acabó el sitio, vino la Patria, y luego los portugueses, se limpiaron los viejos pozos de la Aguada y volvieron los beneméritos aguateros a su ejercicio, y a las tres canecas por medio, en que perseveraron por muchos años, hasta que la Guerra Grande los obligó a tomar cuarteles de invierno.

II

Vinieron otros tiempos. No eran ya los antiguos. La población se extendía, y poco a poco los pozos de la Aguada se fueron suprimiendo. Pero algunos quedaron, y por otro lado se empezó a traer agua de la Estanzuela. Mientras no se atravesaba alguna seca que agotase los aljibes, todo iba bien. Pero ¡ay! cuando sucedía; ni las rogativas a los Santos Patronos, que ya estaban en retirada, desde tiempo atrás, hacen que se abran los cataratas del cielo.

Entonces era lo divertido. Suma escasez de agua potable. Cambio de escena. Las gentes menesterosas andaban de puerta en puerta mendigando una jarra de agua, sin poder obtenerla tantas veces. El pulpero de la esquina, asediado con los peñitros de los vecinos de un **jarrito de agua**. Maldita sea, me pagaba un vaso de agua en la tierra, cuando llegó a decirse por Municipales: **¡tenemos un suelo en Montevideo, que puede horadar hasta cierta profundidad, que brote un ojo de agua entre las casas del cimentero de la ciudad!** Y a fe, que no dijeron un despropósito, al recordarse los ojos de agua brotados en la calle de Misiones, al lado de lo de Ellauri, al trabajarse el caño maestro; en la del Yerbal, al abrirse los cimenteros de una casa; en la Buena Vista, donde se conoció por tantos años la **Fuente del Plata**, que dejaba una utilidad de 200 pesos mensuales al dueño; los manantiales de Sivori y hasta la cachimbilla de la costa del Sud, a los fondos de lo de Pestana.

Pero mientras la varilla de Moisés no hacía el milagro, en figurillas veía la gente con el agua, cada vez que la seca aparecía a embromarnos.

Hasta las muchachas, **cazueleras** de San Felipe tenían que embromarse a garganta seca, porque el confitero de arriba no daba un vaso de agua, sino pago, y gracias si la había; y las pobrecillas tenían que ir provistas de naranjas para el chupete, humedeciendo las fauces.

En una de aquellas secas de mi flor, se encontró en apuros nuestro activo y bondadoso Botana, desplegando todo su celo para proveer de agua potable al menesteroso pueblo. La Policía puso en juego porción de carretas o carros aguadores, distribuyéndolos por calles, para el suministro del agua. Vieran ustedes la avalancha a ellos, de chicos y grandes, con sus baldes, sus tachos y el diablo a cuatro, en demanda de agua, y a nuestro Botana recorriendo para la regularidad del servicio. ¡Viva el Jefe de Policía, decían tantos de los beneficiados. Quiso Dios, al segundo o tercer día de esa operación popular, que se abriesen las cataratas del cielo, y una lluvia torrencial vino a hacer su continuación innecesaria.

El año 66 vino otra gran seca a embromar a la gente con la escasez de agua. Se vendía a un centésimo el balde en el manantial de Sivori, que le sacaban los ojos por agua. Ese recurso era insuficiente, y la junta de la época se arremangó para proporcionar agua a la población. — Como

EFERVESCENTE DE FRUTAS

"ATHENA"



Favorece la *belleza natural* eliminando las impurezas como se en ayunas.





LECHERO y PANADERO, dibujos del pintor Mr. Pallere. — El precio del pan, controlado por las autoridades, se establecía al peso.

que se vendía a vintén el balde traída de ahuerita.

¿Y dónde dejamos las Escuelas? — Los pobrecillos chicos y chicas tenían cada uno que llevar su botellita de agua, porque el buen José y el veterano Rosendo, peones de la Junta, no daban abasto en la provisión de agua, que llevaban tasada, mendigándola aquí y allí. Con decir que hubo que utilizar el agua del mar para el servicio doméstico y hasta para jugar a balazos el Carnaval, como era de costumbre, dicho está todo.

Y hay que contar que por fortuna no ocurrieran incendios; que sino, ¡Dios nos asista! ¿De dónde agua para apagarlos?

Una sola cosa se aventajaba: — Que los lecheros no podían bautizar la leche a medida de su deseo. ¡Qué lástima!

Capurro se ofreció a suministrar toda la

precisa de su establecimiento en la playa del Arroyo Seco, para el servicio de la población. Aceptada la generosa oferta, se traía embarcada de esa playa. En sólo 18 días se repartieron al vecindario la fritolera de 2.133 pipas de agua, costando ese servicio a la Comisión de Salubridad 1.514 pesos.

Tantas penurias, al cabo, después de tantos años de andanzas y peripecias, tuvieron su término con la magna empresa de las **Agua Corrientes**, abordada por Leticia, Lanús y Fynn, para provecho y honra del Montevideo moderno, inauguradas el año 70.

La idea nació en Montevideo antiguo. La realización tocóle al moderno, después del transcurso de 70 años. — ¡Hurra, hurra!, dijeron los que cantaron victoria.

Y adiós aguateros de antaño. ¡Que la tierra les sea level!

Texto tomado del libro "Montevideo Antiguo", de Isidoro de María.

Material gráfico de la colección del señor Roberto Pietracaprina.



EL AGUATERO se anunciaba por un certero, lo que a veces hacía que se le confundiera con el carro de la basura, que también lo llevaba.



EL LECHERO gritaba: "A la buena leche gorda"

Cirugía Facial



La cirugía facial en manos de un experto cirujano puede corregir deformaciones, pero cuando se trata del cuidado diario del cutis, sólo la "glicerina de almendra" es capaz de vivificar la epidermis a través del tiempo. Un minuto dedicado a un masaje con esta maravillosa crema líquida, le hará confirmar la realidad de un sueño.